

COLEGIO DE ESCRIBANOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE FILOSOFÍA

LA TEORÍA DE LA ARGUMENTACIÓN

SEGUNDA PARTE: DESARROLLO DE LA TEORÍA DE LA ARGUMENTACIÓN

III.- La Síntesis de Aristóteles

“Desde el punto de vista de la filosofía, es preciso tratar de las cosas en toda su verdad; pero en la dialéctica basta con la verosimilitud y la probabilidad”
Aristóteles, Tópicos, L. I, C. 14

“El poder no es apetecible sin la sabiduría; la sabiduría, por el contrario, es apetecible sin el poder”
Aristóteles, Tópicos, L. III, C. 3

I.- Aristóteles, maestro de retórica en la Academia.

Como ya anticipamos algo en la reunión anterior, Aristóteles quien por sus relevantes cualidades intelectuales, fue llamado en la Academia Platónica “*La Inteligencia*”, estuvo encargado de organizar en la misma los cursos de retórica, como una disciplina que merecía ser enseñada y aprendida, lo cual prueba incluso el desarrollo del pensamiento platónico que evoluciona desde el rechazo absoluto, a esta recepción, aunque en un lugar subordinado, como disciplina auxiliar de la justicia, entendida en el sentido de Platón como toda la virtud.

Pero de esta época es la primera obra de Aristóteles llamada *El Grillo o Sobre retórica*, del cual sólo se han encontrado tres fragmentos.

Como aparece en el primero de ellos, en él habría mencionado el Filósofo los encomios o epitafios dedicados a Grillo, hijo de Jenofonte, muerto en el 362 a.C., en la batalla de Mantinea.

En otro fragmento *Aristóteles habría expuesto una serie de argumentos para mostrar que la retórica no es un arte.*

Como señala Enrico Berti “es bastante verosímil que Aristóteles en el *Grillo* asumiese una posición análoga (a la del Platón del *Fedro*), o sea que combatiese la retórica de tipo encomiástico, practicada a su juicio también por Isócrates, porque busca sólo conmover los afectos con miras utilitarias y defiende en vez un distinto tipo de retórica, fundada en la dialéctica”¹.

Todo esto hace suponer que en los primeros años de permanencia de Aristóteles en la Academia, el mismo se ocupase también de la dialéctica, mediante un verdadero curso de lecciones, que constituye la parte más antigua de la *Tópica*.

Es pues, mediante el joven Aristóteles que se introduce esta nueva retórica sobre la base científica esbozada en el *Fedro*², obra ya analizada.

II.- La dialéctica, fundamento de la retórica.

En la reunión VI dedicada a los presupuestos retóricos, algo dijimos de la *tópica* o dialéctica, parte de la lógica, cuyo objeto es el estudio de cuestiones partiendo de premisas simplemente probables.

En el tratado que dedica al tema nos dice Aristóteles que el fin del mismo “es encontrar *un método con cuyo auxilio podamos formar toda clase de silogismos sobre todo género de cuestiones, partiendo de proposiciones simplemente probables, y que nos enseñe, cuando sostenemos una discusión, a no adelantar nada que sea contradictorio a nuestras propias aserciones*”³.

Luego, nos enseña *qué es un silogismo*: “una enunciación en la que, una vez sentadas ciertas proposiciones, se concluye necesariamente una proposición diferente de las proposiciones admitidas, mediante el auxilio de esas mismas proposiciones”; y *qué es un silogismo dialéctico*: “el que saca su conclusión de proposiciones simplemente probables”.

Distingue después entre proposiciones verdaderas, “que tienen la certidumbre en sí mismas”, y las probables.

Y *¿qué es lo probable?* “Lo que parece tal, ya a todos los hombres, ya a la mayoría, ya a los sabios; y entre los sabios, ya a todos, ya a la mayor parte, ya a los más ilustres y dignos de crédito”.

¿Para qué sirve este método? En primer lugar, como *ejercicio* “porque podemos más fácilmente abordar el asunto que se cuestiona”; en segundo lugar para la *conversación*, “porque teniendo en cuenta las opiniones de nuestros interlocutores, podremos, discutiendo con ellos, entretenerles con sus propias opiniones, descartando

¹ *Aristotele: dalla dialettica alla filosofia prima*, Cedam, Padova, 1977, ps. 174/175. Según el antiguo testimonio de Siriano para Aristóteles serían dos las artes de persuadir con los discursos: la retórica y la dialéctica, una consistente en el desarrollo de la argumentación en un discurso continuado, la otra en argumentar discutiendo con un interlocutor.

² Jaeger Werner, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, 1957, p. 986.

³ En todo el trabajo usamos los *Tópicos* (De la dialéctica) de Aristóteles, que se encuentra en *Tratados de Lógica, (El Organon)*, Porrúa, México, 1975.

por otra parte todos los errores en que nos parezca han incurrido”; en tercer lugar, para la *filosofía* “porque pudiendo discutir la cuestión en ambos sentidos veremos más fácilmente lo que es verdadero y lo que es falso”.

Hace una comparación con la medicina y la retórica: así como el médico no cura en todos los casos, ni el retórico, persuade; tampoco el dialéctico convence, a pesar de que no descuide nada de lo que sea posible hacer.

III.- Proposiciones y razonamientos dialécticos.

Los razonamientos dialécticos proceden de las proposiciones y éstas expresan cuatro cosas: la *definición*, que expresa la esencia de una cosa; lo *propio*, que sin expresar la esencia, sólo pertenece a ella (ejemplo, el hombre es capaz de gramática”; el *género*, que es atribuido esencialmente a muchas cosas, las cuales son de diferentes especies y el *accidente*, que se da en la cosa, pero puede darse o no (ejemplo, estar sentado).

Después Aristóteles se refiere a las categorías: sustancia, cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, situación, modo de ser, acción, pasión; o sea se refiere a la sustancia y a los accidentes que en ella se insertan, lo que ya ha sido visto.

Como ejemplos de las categorías podemos señalar: sustancia (hombre); cantidad (dos metros de alto); cualidad: justo; relación: el doble; lugar: en Buenos Aires; tiempo: ayer, posición: sentado; estado: calzado; acción: hurta; pasión: es hurtado. De estas categorías, la posición y el estado, excepto en la tópica, desaparecen de las obras de Aristóteles y como dice Ross: “parece que más tarde hubiera llegado a la posición y el estado no son nociones últimas e irreductibles”⁴.

Más adelante encara el tema de la proposición dialéctica y de la cuestión dialéctica. La proposición dialéctica ha de ser probable; *puede admitirse lo que parece verdadero a los sabios, con tal que no sea contrario a las opiniones generalmente recibidas*.

Una cuestión dialéctica es una consideración que tiene por fin ya el buscar o evitar una cosa, ya el hacérsela saber... Hay ciertas cuestiones que es conveniente resolver, sea para buscar, sea para huir de tales o cuales cosas; por ejemplo, si el placer es o no un bien. Hay otras que se limitan únicamente a saber: si el mundo es eterno o no lo es.

Para Aristóteles *la dialéctica tiene sus límites*: sólo debemos fijarnos en aquellas cuestiones que pueden ofrecer duda a quien necesita ser ilustrado por el pensamiento... los que dudan si debe honrarse a los dioses y amar a los padres tienen necesidad de ser reprimidos; y los que dudan si la nieve es blanca o no lo es, necesitan tan sólo de la sensación.

Existen dos clases de razonamientos dialécticos: la inducción y el silogismo. Del silogismo se ocupa en todo el tratado; en cambio de la inducción sólo aquí; ésta es *el tránsito de lo particular a lo universal*. Por ejemplo, si es el mejor de los pilotos y de

⁴ Aristóteles, Sudamericana, Buenos Aires, 1957, p. 39.

los cocheros el que mejor desempeña su oficio, podrá decirse en general que el mejor es el que hace lo mejor.

La inducción es más persuasiva y más clara, más accesible a la sensación y más conocida del vulgo; el silogismo, del cual ya hemos hablado, es más poderoso y más vigoroso para refutar a los contradictores.

Es preciso atender a los diversos sentidos de las palabras. Así, por ejemplo, si sano es a la vez lo que produce la salud, lo que la conserva y lo que la muestra, sanamente se dirá también en estos tres sentidos; de producir la salud, de conservarla y de mostrarla.

El estudio de las diversas denominaciones de las cosas es útil en cuanto da claridad a las discusiones... Si no se saben perfectamente todos los sentidos de la cosa, es muy posible que el que interroga y el que responde no hagan recaer su pensamiento sobre el mismo objeto. Por el contrario, cuando se saben todos los sentidos de la cosa, y se sabe también sobre qué pretende el interlocutor hacer recaer su tesis, sería ridículo que la persona a quien interroga no dirigiera su razonamiento ateniéndose al mismo sentido.

IV.- Lugares comunes.

En el libro tercero, Aristóteles nos señala una serie de ejemplos de lugares comunes del accidente, o sea puntos de partida para una argumentación.

En primer lugar, “*lo que es más durable y más permanente merece la preferencia sobre lo que es menos*”. Aquí el argumento es de cantidad, al cual se le puede oponer la precariedad como argumento de cualidad o lo descartable como argumento de utilidad.

“*Lo que es apetecible por sí es preferible a lo que sólo es apetecible en razón de otra cosa*”; así la salud es preferible a la riqueza.

“*Lo que es absolutamente bueno es preferible a lo que sólo lo es en ciertos casos*; por ejemplo, la salud es preferible a la amputación, porque la última sólo lo es para quien tiene necesidad de sufrirla”. Hay que atender a las circunstancias. Lo que es lícito en ciertos casos (amputación para evitar una gangrena), es ilícito en otros (ciertas cirugías estéticas)⁵.

“*Lo que es natural es preferible a lo que no lo es*”. Aquí el problema lo plantea el equívoco término natural.

⁵ La hondura cultural de *La Nación Revista*, del 14/12/2008, se muestra en las cartas de lectores. El 80 por ciento se llama “Lolas” y allí dos mujeres y dos varones opinan acerca del tema, sin consideraciones axiológicas, señalando un de ellas, que la cirugía mamaria “es una inversión que se traduce en ganancia para el alma”.

“*Lo que pertenece a lo más honroso y mejor es preferible*; por ejemplo debe preferirse lo que es de Dios a lo que es del hombre, lo que es del alma a lo que es del cuerpo”.

“*Lo que es posible es preferible a lo imposible*”. De donde viene el antiguo adagio jurídico: el derecho no puede exigir lo imposible.

“*Toda cosa es apetecible, sobre todo en el momento en el que tiene más importancia*: por ejemplo, la tranquilidad es apetecible en la vejez, más que en la juventud... lo contrario sucede con el valor”.

“*Debe preferirse lo que es más útil, ya sea en todo tiempo, ya en la mayor parte de los casos*; por ejemplo, la justicia y la sabiduría son preferibles al valor; porque las dos primeras son siempre útiles, el otro sólo lo es en ciertos casos”.

“*De dos cosas es preciso preferir aquella que, si todo el mundo la tuviese, haría innecesaria la otra*”; y así la amistad es preferible a la justicia, pues si todos fueran amigos no haría falta la justicia, en cambio, si todos fueran justos, todavía haría falta la amistad.

“*Lo más difícil es preferible a lo que lo es menos*”, porque se tiene más gusto en poseer lo que se adquiere más difícilmente.

“*Lo más especial es más preferible a lo que es más común*”. De neta aplicación a lo jurídico donde la disposición especial deroga a la general⁶.

“*Si una cosa es preferible a otra de una manera absoluta, la mejor entre todas las cosas que pertenecen al género de aquélla es preferible a la mejor de las que son del género de la otra*; por ejemplo, si el hombre es mejor que el caballo, el mejor hombre será mejor que el mejor caballo”.

“*Las cosas superfluas son mejores que las cosas necesarias y a veces, son preferibles a éstas...* filosofar vale más que enriquecerse, pero esto no es cosa preferible para el que carece de lo necesario”.

V.-La práctica de la dialéctica.

Aristóteles dedica el libro VIII a la práctica de la dialéctica. La primera cosa que importa cuando se debe hacer una pregunta, es *encontrar el lugar que debe emplearse*; luego, *interrogarse a si mismo*, prepararlo todo convenientemente; y en tercer lugar *exponer todo esto a la persona a quien nos dirigimos*. Porque la dialéctica clásica requiere alteridad, supone otro a quien uno se dirige.

Después vienen *algunos consejos*: “conviene presentar su opinión como una comparación”; y “para aclarar la discusión es preciso valerse de ejemplos y comparaciones. Deben escogerse ejemplos familiares, tomados de las cosas que conocemos”.

⁶ Bernardino MONTEJANO-Julio César NOACCO, *Estática jurídica*, Abeledo-Perrot, 2ª. Edición, Buenos Aires, 1980, p. 40.

“Es preciso que el que interroga, conduzca la discusión, de manera que el que responda, le responda las cosas más insostenibles que sea posible”.

“Es preciso cuidar mucho de no sostener una proposición improbable; es improbable cuando las consecuencias son absurdas: por ejemplo, si se pretende que todo está en movimiento o que nada se mueve; pueden considerarse también como improbables todas las proposiciones que sólo pueden ser adoptadas por un corazón depravado y que son contrarias a la conciencia: por ejemplo, que el placer es el bien, y que hacer una injusticia vale más que padecerla; porque se detesta al que sostiene tales máximas... por convicción”.

“Es preciso emplear cuando se discute con un principiante, el ejercicio de las inducciones; y el ejercicio de los silogismos, cuando con un hombre hábil”.

VI.- La retórica, auxiliar de la política.

Para Aristóteles, la disciplina más importante, en el orden práctico, es la política. A ella deben servir las artes y oficios.

Así podemos preguntarnos, ¿qué relación tiene el oficio de herrero con la política? El oficio de herrar caballos sirve a la caballería. La caballería, hoy los tanques, pertenece a lo militar. Lo militar se subordina a lo político, pues es peligroso que la ciudad esté gobernada por los militares, educados para la guerra y no para la paz.

También la retórica es auxiliar, sirve a la política. El dominio de la retórica son prevalentemente las verdades relativas, y de estas, de modo particular, las de la política (en el sentido amplio de los antiguos).

Aristóteles quiere darle un fundamento científico a la retórica. El don de la palabra... puede ser aplicado a los más diversos objetos, y dado que el procedimiento con el cual se aconseja, se amonesta, se expone a un individuo o a una asamblea es esencialmente el mismo, la retórica como la dialéctica, no pueden restringirse a un sector particular y limitado; *como la dialéctica expone la forma del pensar, así la retórica debe exponer la forma del decir*, en general y prescindiendo de todo contenido determinado. Por otra parte el cometido del arte retórico es distinto del de la filosofía. Ésta busca la verdad, el otro, lo verosímil.

Vuelve Aristóteles a insistir en la diferencia entre la dialéctica y la retórica: “La dialéctica tiene por fin principal refutar al adversario; la retórica, el de persuadir”. Se distinguen la dialéctica, que es enseñanza, y la retórica, que es persuasión.

Es interesante el ejemplo que pone Zenón de Citio, interrogado acerca de la diferencia entre la retórica y la dialéctica: teniendo cerrada la mano y luego abriéndola, responde: *entiendo con el puño cerrado la estrictez y concisión de la dialéctica y con la mano abierta, la apertura y distensión de la retórica.*

Aristóteles “critica la usual retórica que se ocupa solamente de la exterioridad del arte del discurso, de los medios para mover los afectos o para ganarse el ánimo de los jurados y que por esta razón pospone la parte más noble de la elocuencia, aquella en

la cual estos medios sirven poco, a aquella más baja, los discursos políticos a los forenses”⁷.

Además, la retórica no puede estar separada de lo verdadero y de lo justo, y el rétor debe conocer el alma de quienes lo escuchan en la cual debe generar la persuasión.

En sentido estricto, el papel de la retórica es descubrir cuales son los modos y los medios para persuadir en general utilizando cualquier argumento. Sería “una suerte de *metodología del persuadir*”⁸. Y es arte porque mira a lo persuasivo en general. Por eso, no es papel de la retórica enseñar en torno a la verdad o a los valores, pues eso es tarea de la filosofía.

En el ámbito de la retórica es necesario casi siempre partir de la opinión común, cuyo contenido es verosímil, pues para el optimista Aristóteles “*los hombres tienen un natural sentido de la verdad y habitualmente perciben lo que es justo*”⁹.

VII.- El entimema y el ejemplo.

Aristóteles llama *entimema* al silogismo oratorio y ejemplo a la inducción oratoria¹⁰.

El entimema se ha llamado también silogismo abreviado o cojo. En ellos se supone una premisa que no se dice en el discurso: “Los pingüinos son aves, luego los pingüinos no son mamíferos”. Premisa mayor oculta: Ningún ave es mamífero”. “Los bovinos son herbívoros, luego los bisontes son herbívoros”. Premisa menor oculta: “Los bisontes son bovinos”.

También Aristóteles pone sus ejemplos, así un entimema basado en la sentencia: “No hay entre los hombres quien sea libre”, al cual se le añade la causa “porque o es esclavo de las riquezas o del azar”.

Además del entimema, la retórica se vale del *ejemplo*, el cual vuelve inmediatamente evidente aquello que se quiere probar.

En el Libro II Aristóteles se ocupa del ejemplo y lo divide en dos clases: los sucedidos y los inventados; y los últimos a su vez, en parábolas y fábulas.

En el caso de las parábolas propone una de Sócrates: “no deben ser elegidos por la suerte los magistrados, porque es lo mismo que a los atletas alguien los designara por sorteo, y no a los que saben luchar, sino a los que la suerte señalase, o entre los marineros sorteara a quien tiene que pilotar la nave, como si no debiera ser piloto el que sabe y no el que saliera a suerte”.

⁷ E. Zeller-R.Mondolfo, *La filosofía dei greci nel suo sviluppo storico*, La nuova Italia, Firenze, 1966, V. VI, p. 249

⁸ *Storia della filosofia antica*, Vita e pensiero, Milano, 1979, T. II, p. 429.

⁹ Zeller, ob. cit., p. 250.

¹⁰ *Retórica*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971, p.12. En adelante citaremos directamente en el texto, siempre de esta excelente edición, con aparato crítico, traducción, prólogo y notas de Antonio Tovar. La misma puede consultarse en el Instituto de Filosofía Práctica.

Entre los casos de fábulas, pone uno de Esopo, quien defendía en Samos a un demagogo y dijo: una zorra que vadeaba un río fue arrastrada a un barranco, y como no podía salir y muchas garrapatas se habían adherido a ella, un erizo que andaba por allí, cuando la vio le preguntó compadecido si quería que le arrancara las garrapatas, y ella le dijo que no y como le preguntara por qué, dijo: “porque estas ya están cebadas y sacan poca sangre; pero si me quitáis éstas, vendrán otras hambrientas y me chuparán la sangre que me queda”. Así, dijo Esopo: “¡Oh samios! Éste ya no os hará más daño porque es rico; si lo matáis, vendrán otros, pobres, que os gastarán el resto y os robarán”.

VIII.- Clasificación de los discursos.

El discurso consta de tres elementos: el que habla, sobre lo que habla y a quién; el oyente es espectador o árbitro, y si es árbitro, es de cosas sucedidas o futuras; el de cosas pasadas es el juez y el de cosas futuras es miembro de la asamblea.

Como ya anticipamos al tratar de los presupuestos de la retórica, tenemos pues tres clases de discursos: el deliberativo, su tiempo es el futuro, es el consejo que persuade o disuade y su fin es lo útil y dañoso. El orador persuade acerca de lo que le parece mejor y disuade acerca de lo que le parece peor; el forense, su tiempo es el pasado, su fin es lo justo y lo injusto; y el epidíctico, cuyo tiempo es el presente, pues todos alaban o reprochan cosas que existen, aunque muchas veces además actúan recordando lo pasado y conjeturando lo futuro y cuyo fin es lo honroso y lo feo, lo último en sentido moral.

a) deliberativo

El orador deliberativo aconseja acerca de lo que puede suceder o no y que puede depender de nosotros. No se delibera acerca de lo que necesariamente sucede o ha de suceder, o acerca de lo que es imposible que sea o suceda¹¹.

El estilo de este tipo de oratoria se parece a “la pintura de escenografía, ya que cuanto mayor sea la multitud, la vista es de más lejos; por eso los pormenores parecen superfluos”.

Aristóteles señala cinco cuestiones materia de deliberación: los ingresos fiscales, la guerra y la paz, la defensa del país, las importaciones y exportaciones y la legislación, todo esto ordenado al fin del hombre, la felicidad “un bien vivir con virtud”; luego, se refiere a sus elementos.

b) epidíctico o demostrativo.

En segundo lugar, se ocupa del discurso demostrativo, que se ocupa de la virtud y el vicio, de aquello que es objeto de encomio o de vituperio.

Se puede ensalzar o vituperar a un humano, a un animal, a un lugar, a una ciudad, al mar, al río, a la montaña, a la pampa.

¹¹ Por eso Rudolf Stammler, criticando el naturalismo económico de Marx y su evolución necesaria hacia la sociedad sin clases, llama al partido comunista, “*asociación cooperadora con los eclipses de la luna*”.

Por ser este el discurso más literario, veremos como ejemplo elogios a la higiene y a los Andes escritos en verso por dos argentinos, a quienes separa un abismo, por lo menos poético.

En primer lugar, una parte de la “*Milonga higiénica*” de Almafuerte, seudónimo de Pedro B. Palacios, para que los cursantes crean lo increíble, respecto a las estupideces que han escrito ciertos “próceres”:

“Primeramente, hijos míos,
mucho aseo, mucha higiene;
todo cuerpo limpio tiene
más resistencia y más bríos.

Mucho jabón y agua clara
hasta dejarse la piel
como pliego de papel,
como un mármol de Carrara.

Muchas fricciones después
con violencia y con dureza,
de los pies a la cabeza,
de la cabeza a los pies.

Así la sangre circula
y los poros resplandecen
y las carnes se endurecen
y la vida se estimula.

Así consigue cualquiera
fortaleza y lucidez
y volver a la niñez
sin llegar a la tontera”.

Almafuerte es émulo de aquellos parlamentarios franceses que protestaron ante el Vaticano por la canonización de un mendigo, San José Benito Labre, considerada un atentado a la razón y a la higiene.

En otro nivel veamos el elogio de los Andes escrito por Leopoldo Lugones:

“Moles perpetuas en que a sangre y fuego
Nuestra gente labró su mejor página:
Sois la pared fundamental que encumbra
Como alta viga la honra de la raza...

Llevadles a los niños que los vean.
Haced que se ennoblezcan de montaña.
Yo que soy montañés sé lo que vale
La amistad de la piedra para el alma.
La virtud en los montes se humaniza,
Cual toma buen olor la yerba amarga,

Y la pálida fuerza de los mármoles,
 Por los cascos de hielo anticipada,
 Abre en la libertad de su belleza
 Ojos mejores para ver la Patria.

c) forense.

Ahora pasaremos de la poesía del género epidíctico al ámbito menos poético del discurso forense y de los tribunales, el más exacto. Y lo primero que debemos señalar es la *revalorización del papel de la voluntad* que realiza Aristóteles, pues *cometer injusticia es hacer daño voluntariamente (o sea sabiendo y no forzado), y contra la ley, que puede ser particular o común*. La primera, es la que cada pueblo se ha señalado para sí mismo y puede ser escrita o no escrita. La segunda, es la conforme a la naturaleza; es lo justo o injusto en común, aunque no haya mutua comunidad ni acuerdo y pone el ejemplo de la Antífona de Sófocles, quien dice que *es justo aunque esté prohibido enterrar a Polinices, por ser ello justo por naturaleza*.

Hay personas que cometen *injusticia con impunidad*; y entre ellos destaca el Estagirita a “los que saben hablar y los que actuar, y los habituados a muchos pleitos; también si tienen muchos amigos y si son ricos”.

Algunos están en condiciones de quedar ocultos: los que son *incompatibles con las acusaciones*, como los débiles en caso de violencia, y el pobre y feo en el de adulterio... Y los que si son descubiertos pueden esquivar el proceso o aplazarlo largo tiempo o corromper a los jueces.

Aristóteles es *un precursor de la tipificación penal*; por eso señala que “*sería necesario definir qué es robo, qué ultraje, qué adulterio, de manera que si queremos mostrar si hay o no hay tal delito, podamos declarar el derecho*”.

También aparece el tema de la *equidad*, con menos precisión pero con más riqueza que en la *Ética Nicomaquea*. Aquí, la equidad es “lo justo más allá de la ley escrita”, refiriéndose aquí a ella, como *integradora*.

También la *equidad es indulgencia* con las cosas humanas, otro sentido es *no mirar a la ley sino al legislador y no a la letra sino a la intención del legislador y no a la parte sino al todo*.

Y soportar la injusticia recibida y *querer recurrir mejor a un arbitraje que a juicio*, porque el árbitro atiende a lo equitativo, mas el juez a la ley y por eso se inventó el árbitro para que domine la equidad.

Finalmente, es interesante la referencia de Aristóteles a argumentos jurídicos, llamados extrarretóricos.

Ellos son las leyes, los testigos, los contratos, la confesión en tormento y los juramentos. Veremos los cuatro primeros:

Respecto a *la ley, aparece como un medio para encontrar una solución justa*. Por eso, la ley escrita se subordina a la no escrita y a la equidad.

Cuando no cumple con esa función, la ley escrita no es tal, sino apariencia y el juez aparece “como el que examina la moneda para juzgar cuál es la justicia falsificada y cuál no”.

Con relación a los testigos, encontramos no sólo los recientes, que son los únicos que existen hoy, sino también los antiguos y los del futuro.

Los *antiguos* son los poetas y todos los famosos cuyos juicios son conocidos; allí cita a Homero y a Solón; estos son los más dignos de fe porque no pueden ser corrompidos. Los *del futuro* son los adivinos.

Respecto a los contratos el uso que de ellos se hace en los discursos es para confirmarlos o borrarlos, o hacerlos dignos de fe o privados de ella.

Es interesante la relación que señala entre el contrato y la ley y el concepto del primero: “*el contrato es una ley privada y limitada, y los contratos no dan validez a la ley, pero las leyes se la dan a los contratos*”.

Aludiendo a las confesiones obtenidas por medio de torturas manifiesta Aristóteles su repulsa y desconfianza: “es necesario decir que no son verdaderas las confesiones en tormento... *nada hay creíble en las confesiones en tormento*”.

IX.- El orador y el auditorio.

Los dos grandes términos de la retórica son el orador y el auditorio. Respecto al primero para ser digno de fe, debe ser prudente, veraz y benevolente, pero sobre todo, como señala D. Darío Composta, debe tener “una fina penetración psicológica del auditorio”¹².

Esto lo vemos en el estudio que Aristóteles realiza de diversos auditorios.

Así, con relación a la edad se refiere en primer lugar, al *carácter del joven*: “los jóvenes son concupiscentes e inclinados a hacer aquello que desean. Y en cuanto a las pasiones corporales son especialmente sumisos a las de Venus e incontinentes con éstas. También son variables y fáciles de hartarse... desean fuertemente, pero se les pasa de prisa; sus caprichos son vehementes, pero no duraderos, como la sed y el hambre de los que están enfermos... Y son dominados por la ira, porque por punto de honra no soportan ser tenidos en poco, sino que se enojan si se consideran víctimas de injusticia...”

“Y no son maliciosos, sino cándidos, por no haber presenciado muchas maldades. Y son confiados, por no haber sido engañado muchas veces... Y viven con esperanza, porque la esperanza es del futuro y la memoria del pasado, y para los jóvenes el futuro es mucho y lo pasado breve... Y son magnánimos... la magnanimidad es el estimarse merecedor de cosas grandes, y ello es propio de quien tiene esperanzas... Creen que lo saben todo y afirman confiadamente. Las injusticias las cometen por insolencia y no por maldad”.

¹² *Storia della Filosofia Antica*, Pontificia Universidad Urbaniana, Roma, 1985, p.363.

“Y son compasivos, por suponer a todos buenos y mejores de lo que son, ya que miden a los que tienen cerca con su falta de maldad... También son amantes de la risa y burlones, pues la burla es la insolencia educada”.

El *carácter del viejo* ya lo vimos al estudiar los presupuestos retóricos y el del hombre maduro es intermedio entre los dos extremos.

Algo es interesante destacar cuando Aristóteles habla de los caracteres según la fortuna, que hace de *los ricos “afortunados insensatos”*.

Los ricos son “insolentes y orgullosos”, pues para ellos “la riqueza es como un patrón del valor de las demás cosas: por eso les parece que todas las cosas son comprobables mediante riqueza”. Y son fastuosos... pues advierten que “son muchos los que necesitan lo que ellos tienen”. De donde se cuenta el dicho de Simónides sobre los sabios y los ricos, cuando preguntándole la mujer de Hierón qué es mejor, si ser rico o sabio, respondió que rico, pues a los sabios se les ve muchas veces pasando el tiempo a las puertas de los ricos.

También *se creen dignos de mandar, pues con error oligárquico, “creen que tienen aquello por cuya causa se manda”*.

Y con mucha finura distingue entre el rico de hace poco y del rico desde antiguo, señalando que “*ser nuevo rico es como carecer de educación sobre la riqueza*”.

Esto es lo más importante de la retórica aristotélica. Quede el resto para el año próximo, mechado en otros temas.

X.- El ocaso de la retórica. La publicidad y la propaganda.

Este pensamiento se desarrolló en Roma, en la Edad Media y el Renacimiento, pero es evidente la declinación de la retórica a partir de la modernidad. Como señala W. D. Ross: “si la *Retórica* nos parece menos viva que la mayor parte de las obras de Aristóteles es probablemente porque los oradores de nuestros días se inclinan a confiar en su talento natural y en su experiencia más bien que en las lecciones, y que los oyentes, aunque más fácilmente inclinados a la retórica que nunca, están un poco avergonzados por el hecho y no tienen mucho interés en conocer cómo se produce el engaño”¹³.

La retórica, por mucho tiempo parte importante en la educación, ha desaparecido de los programas. No existe una técnica general que vincule al abogado con el docente universitario, al predicador con el político.

La realidad es que la retórica hoy ha sido sustituida “por la publicidad y por la propaganda”; son ellas las que buscan persuadir.

En nuestros días, quienes “hacen uso de los modernos medios de persuasión buscan crearse una *credibilidad* (que es analógica a la credibilidad del antiguo orador,

¹³ Aristóteles, Sudamericana, Buenos Aires, 1957, p. 392.

de quien hablaba el Estagirita). Además, sea la propaganda, sea la publicidad buscan influir sobre el público para *disponerlo de cierta manera*; y el ingente aparato de los medios audiovisuales de que se valen no es más que un macizo instrumento de presión establecido para producir en el público *las disposiciones deseadas*. En fin, el vehículo lógico más típico del cual la propaganda y la publicidad se valen, o sea el *slogan*, corresponde a la antigua máxima y es conclusión o premisa de un entimema, o un entimema. El hecho es que hoy se opera sobre la emociones o sobre la pasiones con una serie de medios que Aristóteles aborrecía... lo que significa que las técnicas de persuadir hoy se han vuelto a menudo amorales, mientras Aristóteles intentaba arraigarlas firmemente a los valores morales¹⁴.

Esta noche calurosa concluye la parte griega de nuestro programa, con esta síntesis aristotélica, con *una teoría de la argumentación que recoge lo mejor de la retórica, le suministra un fundamento mediante la incorporación de la dialéctica y la subordina a la ética y a la política*. Sólo resta expresar nuestra gratitud a los colegas participantes del curso y a todos estos griegos que estudiamos, incluso a quienes tuvieron pensamientos reduccionistas o erróneos. Y lo haremos mediante unos versos de un poeta argentino, Jerónimo del Rey, en los cuales Santo Tomás de Aquino, un hombre característico del medioevo se dirige a estos hombres de la antigüedad, en especial a Aristóteles, a quien Dante llama “el maestro de los que saben” y de quien, en sus Comentarios, se considera su alumno:

¡Oh Maestro!
 ¡Oh Maestros todos que en la aurora de la Hélade, antes de mí,
 Para la Humanidad y para mí,
 Forjasteis estos cables de bronce
 Para mi red...! ¡De cuánta gratitud
 Deudor! Nadie nos hace un bien mayor
 Que aquel que del error
 Nos sube a la Verdad y Plenitud.
 ¡Sabios de Grecia! ¡Que vuestra virtud
 En mi renazca renovada flor
 De intelectual eterna Juventud!¹⁵.

Esc. Bernardino Montejano, 18/12/2008.

¹⁴ Reale, Giovanni, ob. cit, T. II, ps. 440/441.

¹⁵ Monólogo de Jerónimo del Rey, uno de los seudónimos del P. Leonardo Castellani, en la obra de Henri Gheon, *La gloria de Tomás de Aquino*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1944, p. 66.